

se atrevió el rey Árábigo á salir de allí, pues que no habia disposicion para contentar á su deseo, é siempre su pensamiento fué de esperar á lo postrimero; que bien cuidaba que aunque alguna pieza se detoviesen los unos con los otros, que al cabo la una parte habia de ser vencida, é mucho placer tomaba consigo porque de la primera no se mostraba el vencimiento, que turando la porfía, mas se acrecentaba el daño; que á la fin quedarían tales, que con poco trabajo y menos peligro despacharía á los que quedasen, é quedaria señor de toda la tierra sin haber en ella quien gelo contradijese; é con mucho placer abrazaba muchas veces á Arcalaus, loándole á agradecerle aquello que habia pensado, é prometiéndole grandes mercedes, diciéndole que ya no se podia errar de no ser restituidos en los daños pasados con mucho mas acrecentamiento que lo perdido. Pues así estando, con mucho placer é alegría vinieron las escuchas, é dijéronle cómo las gentes habian alzado los reales, é armados se volvian por los caminos que habian allí venido, que no podían pensar qué cosa fuese. Oído esto por el rey Árábigo, luego pensó que sobre alguna avenencia se podrían partir. Acordó de antes acometer al rey Lisuarte que á Amadís, porque aquel, muerto ó preso Amadís, ternia poco cuidado del bien ni del mal del reino, y que así lo podría todo ganar; pero dijo que no sería bien acometerlos fasta la noche, porque los tomarían mas descuidados é á su salvo; é mandó á un sobrino suyo, que habia nombre Esclavor, hombre muy sabido de guerra, que con diez de caballo muy encobiertamente siguiese el rastro, é mirase bien dónde se aposentaban; el cual así lo hizo, que por lo mas encobierdo de aquella sierra iba mirando la gente que por el llano iba. El rey Lisuarte, que iba por su camino, siempre tovo recelo de aquella gente, aunque no sabia dónde cierta estoviese; pero que algunos de los de la tierra le habian dicho cómo siempre veían gente en aquella montaña á la parte de la mar, mas ninguno allá acostarse osaba, ni el Rey habia tenido tiempo de proveer en ello lo que menester era: tanto tenia que hacer en lo que delante sí tenia. E yendo por su camino, como dicho es, fué avisado de algunos de la comarca cómo habian visto gente de caballo ir encobiertos por encima de los cerros de aquella sierra.

El Rey, como fuese muy apercebido y de vivo corazón, luego pensó lo que vino, que no se podría partir de aquella gente, si á su parte acostasen, sin gran batalla, la cual por entonces temia, por ver su gente tan maltrecha de las batallas pasadas; pero con su fuerte corazón, no tardó de poner el remedio que complia, é llamando al rey Cildadan é á los capitanes todos, les dijo las nuevas que habia sabido de aquellas gentes, é que les rogaba toviesen todas sus gentes armadas y en buena ordenanza, porque si menester fuese las fallasen con aquel recaudo que convenia á caballeros. Todos le respondieron que así como lo mandaba se cumpliría por ellos, y que creyese que antes que mengua ni daño recibiesen perderían las vidas. Algunos hobo que secretamente le dijeron que lo debía hacer saber al rey Perion, porque aquella gente era mucha é folgada, y la suya estaba toda al contrario, y que ha-

bían recelo que se no podrían sin gran peligro dellos partir; que mirasen que todos eran sus enemigos; que si la ventura contraria le fuese, que no habria en ellos piedad ni dejarían de hacer el mal que podiesen. Estos fueron don Grumedan é Brandoibas, que hacían cuenta, si esto se ficiese, que el Rey su señor no habria de quién temer, y que por este camino la paz sería mas firme é abreviada entre ellos. Mas el Rey, que, como muchas veces vos hemos dicho, siempre temió mas la pérdida de la honra que el seguramiento de la vida, respondióles que las cosas no estaban tanto al cabo del bien, que quisiese encargarse de sus contrarios, que podría ser que lo que agora se les figuraba gran afrenta, que al fin saldria al contrario; y que no pensasen en al, sino en ferir reciamente á los enemigos, si viniesen, como siempre en las cosas de mayores afrentas que aquella era en que se habian visto lo ficieran. Y luego mandó á Filispinel que con veinte caballeros se acostase á la montaña, é lo mas cuerdamente que pudiese ser, de manera que se no perdiese, tomase algun aviso; é así lo hizo como él lo mandó. Entre tanto hizo reposar la gente, que habria ya andado hasta cuatro leguas, y que las bestias refrescasen, porque si ser pudiese, llegasen á Luvaina sin mas reparar, porque él mas temia de ser acometido de noche que de día; é si la gente reparase, que no sería en su mano, segun estaban fatigados, de los poder excusar que se no desarmasen é no dormiesen; de manera que asaz poca gente le podría desbaratar; é cuanto una pieza reposaron, mandó que cabalgasen, y llevó delante sí todo el fardaje é los feridos, aunque en aquellos días de la tregua habia enviado todos los mas á aquella villa. Filispinel se fué derecho á la montaña, é con gran recaudo que puso sintió luego las espías y la gente de Esclavor; é quedando él con los mas de los que llevaba á vista de los contrarios, envió el aviso al Rey, haciéndole saber cómo habia hallado aquellos pocos caballeros que siempre iban atalayando, é que creía que la otra gente no estaría muy léjos.

El Rey no facía sino andar su camino con harta priesa, porque la afrenta, si viniese, le tomase cerca de aquella su villa, que facía cuenta que, aunque bien cercada no estoviese, que mejor en ella que en el campo se podría reparar; así que, en poca de hora se alejó gran pieza de la montaña. Esclavor, sobrino del rey Árábigo, como vido que lo habian descubierto, enviólo facer saber á su tío, y que su parecer era que sin detención alguna debria descender de la montaña á lo llano; que pues descubiertos eran, que el rey Lisuarte no querría parar sino en parte que á su ventaja fuese. Cuando este mensajero llegó al rey Árábigo toda su gente estaban de buen reposo, aparejando para la noche, sin pensamiento alguno de acometer á sus enemigos de día, é no podieron tan presto armarse é cabalgar, que, como la gente mucha fuese, que gran pieza no tardasen; é lo que mas embarazo les puso fué los malos pasos de la montaña; que así como para se defender habian escogido lo mas áspero é fuerte, así para ofender lo hallaban muy contrario. Pues así como ois esta gente comenzó á seguir al rey Lisuarte; pero antes que de la montaña saliesen él iba ya tan gran trecho,

que por mucho que despues que á lo llano salieron é aguijaron tras él, no lo podieron alcanzar fasta bien cerca de la villa; mas Arcalaus, como sabia la tierra, iba diciendo al rey Árábigo que se no aquejase, porque la gente no se fatigase; pues á vista los llevaban, no era posible poderseles ir, y que no toviese en nada que se le acogiesen á la villa, que él la sabia muy bien, é que mas peligroso estaría en ella que en el campo, segun sus pocas fuerzas. En este comedio acaeciò que, por voluntad de Dios, porque aquella mala gente su mal deseo no pusiese en efeto, que el buen hombre é santo ermitaño envió á Esplandian, su criado, é á Sargil, su sobrino, al rey Lisuarte á le facer saber cómo el negocio estaba en buen estado, é que lo mas presto que él pudiese sería con él en Luvaina para dar orden cómo los cuatro caballeros de ambas partes se juntasen. Cuando estos donceles llegaron al real del Rey falláronlo partido pieza habia, y ellos siguieron la via que llevaban; é andovieron tanto, que llegaron al lugar donde el Rey habia reposado, é allí supieron cómo iba con recelo é con mas priesa, é apresuraron su camino por lo alcanzar; é antes que la hueste del Rey viesen, vieron descendir la gente de la montaña á gran andar, y luego pensaron que era la del rey Árábigo, que estando con la reina Brisena, oyeron decir de aquella gente, é vieron cómo la Reina enviaba algunas gentes de unos logares á otros á la parte donde se decia estar aquella compañía; é como así lo viesen ir con tanto poder, y el Rey su señor con tan poco, y tan fatigada su gente, que los no podría sufrir, y se veria en gran peligro, de lo cual Esplandian mucho dolor é pesar hobo, dijo á Sargil: «Hermano, sígueme, y no holguemos hasta que, si ser podiere, el Rey mi señor sea socorrido, porque aquella mala gente no le puedan empecer.»

Entonces volvieron las riendas á los palafrenes é tornaron por el camino que venían al mas andar que podieron todo lo que del día les fincó y toda la noche, que nunca pararon; é otro día al alba llegaron al real del rey Perion, que aquel día no habia andado mas de cuatro leguas, é halló asentado su real en una ribera de muchos árboles é huertas, y tenia á la parte de la montaña su guarda de muchos caballeros, porque tambien hobo nuevas de unos pastores de aquella gente; é como movían del lugar donde estaban, recelóse dellos, é por esta causa mandó poner gran guarda; é como allí llegaron fuése Esplandian derechamente á la tienda de Amadís, é falló al buen hombre ermitaño que se levantaba y queria caminar; é cuando así con tanta priesa vió el doncel, dijole: «Mi buen hijo, ¿qué venida tan apresurada es esta?» El le dijo: «Mi señor padre, tanto es de priesa que hasta que con Amadís fable no vos lo puedo contar.» Entonces descabalgó del palafren y entró á la cama donde Amadís estaba armado, que estovo toda la noche en la guarda del campo, é al alba se vino á dormir é reposar, é despertándole, le dijo: «¡Oh buen señor! si en algun tiempo vuestro noble corazón deseó grandes hazañas, venida es la hora donde su grandeza mostrar puede, que aunque fasta aquí por muy grandes afrentas é muy peligrosas haya pasado, ninguna tan señalada como esta ser pudo. Sabréis, buen señor, cómo la gente que se ha dicho estar en la mon-

taña con el rey Árábigo, va cuanto mas puede sobre el rey Lisuarte, mi señor; é creo, Señor, que, segun la muchedumbre della, é la poca é mal reparada del Rey, no se le puede excusar gran peligro; así que, despues de Dios, el solo remedio vuestro es el suyo.» Amadís, como aquello oyó, levantóse muy presto é dijo: «Buen doncel, esperadme aquí; que si yo puedo, vuestro trabajo no será en balde.» Entonces se fué luego á la tienda del rey Perion, su padre; é contándole aquellas nuevas, le suplicó mucho que le diese licencia para hacer aquel socorro, del cual mucha honra é gran prez podría recibir, y sería muy loado en todas las partes donde se sopiese; y esto le pidió Amadís á los hijos; que nunca levantar se quiso hasta que el Rey, como era llegado á toda virtud, é nunca su tiempo pasó sino en semejantes cosas de gran fama, le dijo: «Hijo, fágase como tú lo quieres, é toma la delantera con la gente que te placirá; que yo te seguiré; que si con este rey Lisuarte hemos de tener paz, esto la hará mas firme; é si guerra, mas vale que por nos sea destruido que por otros, que por ventura serían mas nuestros enemigos que agora lo es él.» Y luego mandó tocar las trompas é los añafles, é como la gente estaba toda armada é sospechosa de rebato, luego á caballo fueron cada uno con su capitan. El rey Perion é Amadís habian fecho cabalgar á Gastiles, el sobrino del emperador de Costantinopla, é con su seña se salieron del real, tras la cual salieron todas las otras; é como todos fueron en el campo, el Rey les dijo las nuevas que habia sabido, é rogóles mucho que, no mirando á lo pasado, quisiesen mostrar su virtud en socorrer aquel rey que con tan mala gente en tan gran necesidad estaba. Todos lo tovieron por bien, é dijeron que como lo él mandase se faria. Entonces Amadís tomó consigo á don Cuadragante, é á don Florestan, su hermano, é Angriote de Estravaus, é Gavarte de Val Temeroso, é Gandalin y Enil, y cuatro mil caballeros, é al maestro Elisabat, que así en esta jornada como en las batallas pasadas hizo cosas maravillosas de su oficio, dando la vida á muchos de los que haber no la podieran sino por Dios y por él. Con esta compañía tomó el camino, y el Rey su padre é todos los otros en sus batallas ordenadas tras él.

Mas agora deja el cuento de hablar dellos, que se iban á mas andar, é torna á contar lo que los reyes en este medio tiempo hicieron.

CAPITULO XXXV.

De la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Árábigo é sus compañías, é cómo fué el rey Lisuarte vencido é socorrido por Amadís de Gaula, aquel que nunca faltó de socorrer al menesteroso.

Contado vos habemos cómo el rey Lisuarte fué avisado de los caballeros que á la montaña envió cómo habian visto ya las atalayas de la gente del rey Árábigo, é como él con gran priesa se iba por llegar á la su villa de Luvaina, porque si afrenta alguna le viniese, allí se pudiese reparar; que, segun la gente llevaba mal parada de las batallas pasadas que ya oistes, bien tenia creído que aquel gran poder de sus enemigos no lo podría sufrir. Pues así fué, que él yendo su camino, las com-

pañas del rey Arábigo le siguieron fasta que fué noche, é siempre llevaban á Esclavor con los diez de caballo é otros cuarenta que el Rey su tío le envió junto consigo; é segun la gente de la montaña andovo despues que al llano bajaron, bien lo podieran alcanzar, mas la noche facia tan oscura, que no se veían los unos á los otros; é por esta causa, é tambien por lo que Arcalaus dijera de la poca fuerza de la villa donde ellos llevaban esperanza, no curaron de pelear con ellos, mas fueron todavía á sus espaldas é sus corredores casi envueltos con los del rey Lisuarte. Así andovieron hasta que vino el alba del día, que muy cerca unos de otros se vieron, é á poco trecho de la villa. Entonces el rey Lisuarte, como esforzado príncipe, reparó con todos los suyos, é hizo de su gente dos haces: la primera dió al rey Cildadan, é con él Norandel, su hijo, y el rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é Cendil de Ganota, y con ellos fasta dos mill caballeros. En la segunda fué Arquisil é Flamíneo, romanos, é Giontes, su sobrino, é Brandoibas, é otros muchos caballeros de su compañía, é con ellos fasta seis mill caballeros; que si estas dos batallas estovieran reparadas de armas é caballos holgados, no tovieran mucho que temer á sus enemigos; mas todo lo tenían al revés, que las armas eran todas rotas por muchos lugares, de las batallas pasadas, y los caballos muy flacos é cansados, así del trabajo grande pasado como del presente; que en todo aquel día é noche no habían parado sino muy poco, de lo cual mucho daño se les siguió, como adelante oiréis. El rey Arábigo traía en la delantera á Barsinan, señor de Sansueña, que, como es dicho, era un caballero mancebo esforzado, ganoso de ganar honra, y de vengar la muerte de su padre y de Gandalod, su hermano, el que don Guilan venció y lo llevó preso al rey Lisuarte, é lo mandó en Lóndres despeñar de una torre, al pié de la cual fué su padre quemado, como lo cuenta el primero libro de esta historia, é llevaba consigo dos mill caballeros, é las otras batallas tras él, como dicho es.

Pues como fué el día claro, y se viesen cerca unos de otros, fuéronse á acometer reciamente, de manera que de los encuentros primeros muchos caballos fueron sin señores; é Barsinan quebró su lanza, é puso mano á su espada, é dió grandes golpes con ella, como aquel que era valiente y estaba con gran saña. Norandel, que delante los suyos venia, encontróse con un tío deste Barsinan, hermano de su madre, que fué gobernador de la tierra despues que su padre de Barsinan fué muerto, hasta que este su sobrino entró en edad de la saber regir; é dióle tan gran encuentro, que le falsó el escudo é la loriga, é pasó la lanza á las espaldas, é dió con él muerto en tierra sin detenimiento ninguno. El rey Cildadan derribó otro caballero que venia con este, que era de los buenos de la compañía de Barsinan. E así hirieron de grandes golpes don Guilan y el rey Arban de Norgales, é los otros que con ellos venían, que eran todos muy señalados y escogidos caballeros; de manera que la haz de Barsinan fuera desbaratada, sino porque Arcalaus socorrió, é aunque él tenía perdida la mitad de la mano derecha, que Amadís le cortó llamándose Beltenebros, cuando mató á Lindoraque, su sobrino,

con el grande uso de las armas, se mandaba ya con la mano siniestra como con la otra; y en su llegada fueron los de su parte muy esforzados, é tornaron á cobrar gran ardimiento en sus corazones; de manera que muchos de los del rey Lisuarte fueron muertos é mal llagados, y derribados de los caballos. Arcalaus se metió entre ellos é hacia grandes cosas en armas, así como aquel que era valiente y esforzado; pero á esta hora viérades hacer maravillas al rey Cildadan é Norandel, é don Guilan é á Cendil de Ganota, que estos eran escudo é amparo de todos los suyos. Pero todo no valiera nada si el rey Lisuarte no socorriera; que los contrarios, como fuesen mas é mas holgados, ya los traían de vencida; mas el rey Lisuarte, que nunca perdió punto en lo que hacer debía en las grandes afrentas que se halló, fué delante los suyos, mas ganoso de reseibir muerte que dejar de hacer lo que era obligado; y al primero que delante si halló fué un hermano de Alúmas, el que mató don Florestan sobre las doncellas que los enanos guardaban á la fuente de los Olmos, que era primo cohermano de Dardan el soberbio, y encontróle é le quitó todas sus armas, é dió con él muerto en tierra, é su gente hirió tan recio en los otros, que les hicieron perder gran pieza del campo. El Rey metió mano á su espada, é daba tan grandes golpes con ella, que á cualquiera que alcanzaba á derecho golpe no había menester maestro; é aquella hora tomó consigo tan gran saña, que olvidando todo peligro, se metió entre los enemigos, hiriendo é matando en ellos. Arcalaus, que de antes había sabido las armas que traía, por le conocer é nucid en cualquiera manera que él mejor pudiese, que tales eran sus maneras, cuando así lo vió tan desviado de los suyos, fué para Barsinan é dijole: «Barsinan, ves delante ti tu enemigo; que si este muere, despachado es todo. ¿No miras lo que hace el rey Lisuarte?» Barsinan tomó diez caballeros de los suyos, que le aguardaban, é dijo á Arcalaus: «Agora él ó muera, ó muramos todos.» Entonces fueron para el Rey, y encontráronle de todas partes; así que, le derribaron del caballo. Filispinel andaba siempre junto con los veinte caballeros que ya oistes con que fué á tentar la sierra, y se habían prometido compañía en aquella batalla; como así vieron derribar al Rey, dijoles: «¡Oh señores! agora es tiempo de morir con el Rey.»

Entonces movieron todos, é llegaron donde el Rey estaba, é hallaron que le tenían dos caballeros abrazado, que se habían derribado sobre él antes que se levantasen, y le habían tomado la espada, é firieron en Barsinan y en Arcalaus é los suyos, que mal de su grado los apartaron de allí; mas ya la gente cargaba tanta de los contrarios, á las voces que Arcalaus daba, llamando á los suyos, que si la ventura no trajera por allí al rey Cildadan é Arquisil, é Norandel é Brandoibas, con pieza de caballeros que socorrieron, el Rey fuera perdido; mas estos mataron tantos, que por fuerza de armas cobraron al Rey, que Norandel, como llegó, se dejó derribar del caballo, é hirió de duros golpes á los que le tenían, é cobró la espada del Rey, é púsogela en la mano é dijole: «A este mi caballo vos acoged;» y el Rey así lo hizo, é no partió de allí hasta que Brandoibas dió otro caballo á Norandel é le hizo cabalgar; é luego fueron á ayu-

dar á los suyos, que se combatían tan reciamente, que los contrarios no los osaban esperar. Arcalaus dijo á un caballero de los suyos: «Di al rey Arábigo que por qué me deja matar.» Este caballero llegó al rey Arábigo é dijogelo, y él le dijo: «Bien veo que pieza há que era razon de los socorrer, mas dejábalo porque los contrarios se apartasen mas de la villa; pero, pues que lo quiere, así se haga.» Entonces tocaron las trompetas y fué con toda su gente, y con él los seis caballeros de la insola Sagitaria, é como los halló revueltos é cansados, firió á su salvo, é hizo gran estrago en ellos. Aquellos seis caballeros que vos digo hicieron cosas extrañas en derribar é matar cuantos alcanzaban; así que, con lo que ellos hicieron, como con la mucha gente holgada que con el rey Arábigo llegó, los del rey Lisuarte no los podieron sufrir, é comenzaron á perder el campo así como gente vencida. El rey Lisuarte, que su fecho vió perdido, y que en ninguna manera se podia cobrar, tomó consigo al rey Cildadan, é á Norandel, é don Guilan, é Arquisil, é otros de los mas escogidos; púsose ante los suyos, é mandó á la otra gente que se retrajesen á la villa que tenían cerca. ¿Y vos diré? Que en esta huida é vencimiento hizo tanto el Rey en defender los suyos, que nunca tanto su bondad y esfuerzo se mostró despues que caballero fué como entonces, é asimismo todos aquellos caballeros que con él se hallaron; pero al cabo cabo, con gran menoscabo de su gente, así muertos como muchos presos y otros heridos, fueron por fuerza embarrados por las puertas de la villa dentro. E como la gente se comenzó á apretar, y los enemigos, ya como cosa vencida, á cargar sobre ellos, fueron muchos mas los que allí se perdieron, é allí fueron derribados de los caballos el rey Arban de Norgales, é don Grumedan con la seña del rey Lisuarte, é presos de los contrarios; é así lo fuera el Rey, sino porque algunos de los suyos se abrazaron con él, é por fuerza lo metieron dentro en la villa, é luego las puertas fueron cerradas, é la gente que allí entró fué muy poca. Los contrarios se tiraron afuera, porque les tiraban con arcos é con ballestas, y llevaron consigo al rey Arban é á don Grumedan con la seña del Rey. Arcalaus quisiera que luego fueran muertos, mas el rey Arábigo no lo consintió, diciéndole que se sofriese, que presto habrían al rey Lisuarte é á todos los otros, é que con acuerdo dél y de los otros grandes señores que allí estaban se haría de ellos justicia; é mandólos llevar á ciertos hombres dellos suyos, que los guardasen muy bien.

Así como vos digo fué el rey Lisuarte vencido y desbaratado, y su gente toda la mas perdida, muertos y presos, y él é los otros con él encerrados en aquella flaca villa, donde, si la muerte no, otra cosa no esperaba. Pues ¿qué diremos que lo hizo? ¿Dios é su ventura? Por cierto no, salvo él mismo, por tener las orejas abiertas é aparejadas, mas para recibir las palabras dañosas en creer lo que aquellos malos Brocadan y Gandandel le dijeron de Amadís, que lo él con sus propios ojos veía; é mas dió fe á las maldades de aquellos que á las bondades de Amadís y de su linaje, por los cuales era puesto en la mayor altura de fama que ningun príncipe del mundo. Pues dejando á Dios nuestro Señor apar-

te, ¿quién le socorrerá? ¿Por ventura será reparado su daño é su peligro por Brocadan é Gandandel y los de su linaje, ó de aquellos que tal oficio, sin tener consciencia, como ellos tenían é tienen, que es haber envidia de los virtuosos y de los esforzados que, por seguir virtud, se ponen á los peligros, é no envidia para desear de seguir lo que ellos siguen, sino para lo dañar é afean con todas sus fuerzas? Pues paréceme que si á estos esperase, que prestamente sería vengada la muerte de Barsinan, señor de Sansueña, é la gran pérdida que el rey Arábigo hobo en la batalla de los Siete Reyes, é la saña de Arcalaus. Pues ¿de quién será remediado é socorrido? Por cierto de aquel famoso y esforzado Amadís de Gaula, del cual otras muchas veces lo fué, como esta grande historia lo ha mostrado. Pues tenía mucha razon para ello, dejando el servicio de su señora aparte; antes digo que, segun los grandes é provechosos servicios le había hecho, y el mal conocimiento é agradecimiento que dél hobo, con mucha razon é causa debiera ser en su total destruicion. Mas, como este caballero fuese nascido en este mundo para ganar la gloria y la fama dél, no pensaba sino en autos nobles y de gran virtud, así como oiréis que lo hizo con este rey vencido, encerrado, puesto en el hilo de la muerte, é su reino perdido.

Pues tornando al propósito, digo que despues que el rey Lisuarte fué encerrado en aquella su villa, el rey Arábigo se apartó en el campo donde estaba con aquellos grandes hombres, y demandóles su parecer para dar cabo en aquel negocio; entre ellos hobo muchos acuerdos, unos en contra de otros, así como suele acaecer entre los que la ventura les es favorable; que tanto es el bien, que no saben escoger de lo bueno lo mejor. Algunos dellos decían que sería bueno descansar alguna pieza, é hacer aparejos para el combate, é poner entre tanto grandes guardas porque el Rey no se fuese. Otros decían que luego sería bien combatirlos antes que mas remedios facer pudiesen para su defensa, y que, como estaban perdidos y medrosos, que presto serían entrados é tomados.

Oido todo esto por el rey Arábigo, todos esperaban de seguir su determinacion, porque él era el mayor é cabo de todos ellos, é dijo: «Buenos señores é honrados caballeros, siempre oí decir que los hombres deben seguir la buena ventura cuando les viene, é no buscar entrevalos ni achaques para lo dejar; antes con mas corazon é diligencia tomar junto el trabajo, porque junto venga el placer; é por ende digo que sin mas tardar Barsinan y el duque de Bristoya, con la gente que ellos querrán, se pasen luego de cabo de la villa, é yo é Arcalaus con el rey de la Profunda Insola, y estos otros caballeros, quedemos desta otra, é con el aparejo que tenemos, que es este con que peleamos, sean luego acometidos nuestros enemigos antes que la noche venga; que no quedan dos horas de sol; é si deste combate no los entramos, quitarnos hemos afuera, é la gente podrá refrescar algun tanto, é al alba del día tornemos á combatir; é de mí vos digo, é así lo diré á todos los míos, é á los otros que me seguir querrán, que no folgaré fasta morir ó los tomar antes que coma ni beba, é así lo prometo como rey; que mi muer-

te ó la suya de mañana no faltará. Grande esfuerzo é placer dió el rey Arábigo á aquellos señores, é así como lo él dijo é prometió lo otorgaron todos; é luego mandaron traer de sus provisiones muchas que traian, é hicieron comer é beber á todas sus gentes, esforzándolos para el combate, é diciéndoles que al cabo tenían para ser ricos é bienaventurados, si por su poco corazon no lo perdiesen. Esto fecho, Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya, con la mitad de la gente, se pasaron del cabo de la villa, y el rey Arábigo é la otra quedó á la otra parte, y luego se aparearon todos y aparejaron para combatir en oyendo el son de las trompas. El rey Lisuarte así como en la villa fué no quiso holgar, que bien su perdimiento; é aunque conocia estar en parte donde mucho tiempo defender no se podía, acordó de poner todas sus fuerzas fasta el cabo de la mala ventura, é morir como caballero antes que ser preso de aquellos tanto sus enemigos mortales; é cuanto comió algo que los de la villa le dieron, é á los suyos, luego repartió todos los caballeros con los de la villa en las partes del muro donde mas flaqueza estaba, amonestándoles é diciéndoles que, despues de Dios, la salud é vida estaba en el defendimiento de sus manos é corazones; pero ellos eran tales, que no habian menester quien buenos los ficiese; que cada uno por sí esperaba morir como el Rey su señor.

Pues así estando como oides, los enemigos se vinieron de rendon al combate con aquel esfuerzo que los vencedores suelen tener, é sin ningun temor, cubiertos de sus escudos, é sus lanzas en las manos, las que sanas podieron haber, é los otros con sus espadas, y los ballesteros é archeros á sus espaldas, llegaron al muro, los de dentro los rescibieron con muchas piedras é saetas, así de ballesteros como de archeros; é como la cerca era muy baja y en algunos lugares rota, así se juntaron los unos con los otros como si en el campo estoviesen; mas con aquel poco de defensa que los de dentro tenían, y mas con su gran esfuerzo, se defendieron tan bravamente, que los contrarios, perdido aquel ímpetu é arrebatamiento con que llegaron, luego los mas comenzaron á alfojar y desviábanse, é otros se combatian reciamente, de manera que de ambas las partes hobo muchos muertos y feridos. El rey Arábigo é todos los otros capitanes, que á caballo andaban, nunca cesaban de meter la gente delante, y ellos llegaban á la cerca sin ningun recelo porque los suyos llegasen, y desde los caballos daban con las lanzas á los de encima del muro; así que, en muy poco estuvo el rey Lisuarte de ser entrado; mas quisole Dios guardar, en que la noche vino con grande escuranza. Estonces la gente se tiró afuera, porque les fué mandado, é curaron de los feridos, é los otros se repartieron al derredor de la villa, é pusieron muy gran guarda, é bien se tenían por dicho que otro dia al primero combate era despachado el negocio, como lo fué.

Mas agora vos contarémos lo que Amadís é sus compañeros hicieron, despues que del rey Perion se partieron, en socorro deste rey Lisuarte.

CAPITULO XXXVI.

Cómo Amadís iba en socorro del rey Lisuarte, y lo que le conteció en el camino antes que á él llegase.

Contado vos hemos ya cómo aquel muy fermoso doncel Esplandian con gran priesa llegó al real del rey Perion, é hizo saber á Amadís de Gaula la grande afrenta y peligro en que el rey Lisuarte, su señor, estaba, é cómo luego el rey Perion con toda la gente movió en su acorro, trayendo la delantera Amadís con aquellos caballeros que ya oistes. Pues agora vos dirémos lo que hicieron. Amadís, despues que de su padre se apartó, se aquejó mucho por llegar á tiempo que por él podiese ser hecho aquel socorro, é su señora Oriana conociese cómo, con razon ó sin ella, siempre la tenia delante sus ojos para la servir. Et por gran priesa que á la gente dió, como el camino era largo, que desde donde él partió fasta el real donde el rey Lisuarte habia estado cuando las grandes batallas hobieron, habia cinco leguas, y desde allí fasta la villa de Luvaina ocho; así que, eran por todas trece leguas; no pudo tanto andar, que la noche no le tomase á mas de tres leguas de la villa, é con la gran escuridad, é porque Amadís mandó á las guias que se acostasen siempre á la parte de la montaña, por atajar al rey Arábigo que se le no pudiese acoger á algun lugar fuerte, erróse el camino, que las guias desatinaron é no sabian dónde ir, ni si habian pasado la villa ó si la dejaban atrás; lo cual dijeron luego á Amadís; é como lo oyó hobo tan gran pesar, que se queria todo desfacer de congoja; é como quiera que él fuese el hombre del mundo mas sofrido y que mejor sabia sojuzgar su saña en cualquiera cosa de pasion, no se pudo estonces tanto refrenar, que se no maldijese muchas veces á él é á su ventura, que tan contrária le era, é no habia hombre que le hablar osase. Don Cuadragante, á quien tambien mucho pesaba por el rey Cildadan, que él mucho amaba, é con quien tanto deudo tenia, se llegó á él é díjole: « Buen señor, no tomeis tanta congoja, que Dios sabe cuál es lo mejor, é si él es servido que por nosotros este beneficio se faga á aquellos reyes y caballeros tanto nuestros amigos, él nos guiará; é si su voluntad no es, ninguno tiene poder de hacer otra cosa.» E ciertamente, segun lo que despues ocurrió, si aquel yerro no hobiera, no se diera tal salida ni tan honrosa para ellos, segun se dió, como adelante oirédes. Pues así estando parados, y que no sabian qué se facer, preguntó Amadís á las guias si la montaña estaba cerca, é dijéronle que creían que sí, segun ellos habian siempre guiado, acostándose hácia ella, como les él mandara. Estonces dijo á Gandalin: « Toma uno destes guias é trabaja por fallar alguna cuesta, é sube en ella; que si la gente en el real está, fuegos ternán, é atina bien si algo vieres.» Gandalin así lo fizo, que como la sierra á la mano siniestra estoviese, no hicieron sino andar todavía por aquella mano, é á cabo de una pieza falláronse al pié de la montaña, é Gandalin subió cuanto más pudo, é miró ayuso á la parte de lo llano, é vió luego los fuegos de la gente, de que hobo muy gran placer, é llamó á la guia é mostróselos, é díjole si sabia allí atinar; él dijo que sí.

Estonces se tornaron á mas andar donde Amadís é la gente estaba, é contáronlelo, de que hobo gran placer, é dijo: « Pues que así es, guiad é andemos lo mas presto que ser pueda, que ya gran pieza de la noche es pasada.» Así fueron todos tras la guia lo mas ordenadamente que pudieron; que ellos no sabian del rey Perion, ni él dellos, mas de cuanto seguia el rastro. Tanto andovieron y se acercaron á la villa, que vieron los fuegos del real, que eran muchos, é si delló les plugo no es de contar, especialmente aquel esforzado de Amadís, que en toda su vida nunca tanto en cosa se deseó fallar, porque el rey Lisuarte conociese que él era siempre el reparo de todas sus afrentas, y que, despues de Dios, por él se aseguraba su vida é todo su estado; que bien cuidaba que de vencido ó muerto desta no podia escapar, segun la poca gente suya é la mucha de sus contrarios, y que sin le ver ni fablar se tornaria. Ya á esta hora comenzaba á romper el alba, é aun estarian de la villa una legua. Pues el dia venido, el rey Arábigo y todos aquellos caballeros se aparejaron para el combate con muy gran esfuerzo é placer; é como armados fueron, llegaron todos al muro é á los portillos de la cerca; mas el rey Lisuarte con los suyos se los defendia muy bravamente; mas al cabo, como la gente era mucha y esforzada con la próspera fortuna, é los del Rey pocos, y los mas dellos heridos y desmayados, non podieron tanto resistir ni defender, que los contrarios no los entrasen por fuerza con muy grande alarido; así que, el ruido era muy grande por las calles, por las cuales el Rey é los suyos se defendian reciamente, y desde las ventanas les ayudaban las mujeres é mozos, é otros que no eran para mas afrenta de aquella. La revuelta de las cuchilladas é lanzadas y pedradas era tan grande, y el sonido de las voces, que no habia persona que lo viese que mucho no fuese espantada.

Como el rey Lisuarte é aquellos caballeros sus criados se vieron perdidos, como ya en mas toviesen ser presos que muertos, no se os podrian decir las maravillas grandes que allí ficion é los duros golpes que daban, que los contrarios no osaban llegar á ellos, sino con la fuerza de las lanzas é piedras los iban retrayendo. Pues el rey Cildadan, é Arquisil, é Flamíneo, é Norandel, que á la otra parte del rey Arábigo se fallaron, podeis bien creer que no estarian de balde; y con estos fué una brava batalla, que el rey Arábigo entró en la villa, é Arcalaus con él, y llevaron consigo los seis caballeros de la insola Sagitaria, que ya decir oistes, los cuales siempre el Rey tenia cabe sí que le aguardasen; é como vió la cosa en tal estado, envió los dos dellos por una traversa de una calle á la parte donde Barsinan y el duque de Bristoya peleaban, y los otros cuatro metió consigo por aquella parte del rey Cildadan, é díjoles: « Agora, mis amigos, es tiempo de vengar vuestras sañas é la muerte de aquel noble caballero Bron-tajar Danfania, que veis ende los que le mataron; ferid en ellos, que no tienen defensa ninguna.»

Estonces estos cuatro caballeros, como se fallaron libres del Rey, ponen mano á sus cuchillos grandes y fuertes, é con gran furia pasaron por todos los suyos, apartándolos y derribándolos por el suelo, fasta que

llegaron adonde el rey Cildadan é sus compañeros estaban, el cual, como los vió tan grandes y desmesurados, no era tan ardid ni esforzado, que mucho temor no hobiese, é luego dijo á los suyos: « Ea, señores, que con estos es la muerte bien empleada; pero sea de tal suerte, que, si podiere ser, ellos vayan ante nos.» Estonces van unos á otros tan cruda é tan bravamente como aquellos que no deseaban otro medio sino morir ó matar. El uno destes llegó al rey Cildadan é alzó el cuchillo por le dar por encima del yelmo, que bien pensó de le facer dos pedazos la cabeza. Y el Rey, como vió el golpe venir, alzó el escudo, en que lo rescibió, é fué tan grande, que la espada entró por él fasta el medio, y le cortó el arco é cerco de acero, é al tirar del cuchillo no lo pudo sacar, y llevó el escudo tras él. El rey Cildadan, como era de gran esfuerzo, é muchas veces se habia visto en tal menester, non perdió aquella hora el corazon ni el sentido, antes le dió con su espada en el brazo, que con el peso del escudo no le pudo tan presto tirar á sí, é cortóle la manga de la loriga y el brazo todo, sino en muy poco que quedó colgado, é cayó á sus piés, el cuchillo metido por el escudo. Este se tiró afuera como hombre tollido; así el Rey ayudó á sus compañeros, que con los tres se combatian bravamente, é así con el golpe que aquel dió como con su ayuda, los otros desmayaron ya cuanto; de manera que por aquella parte se defendia la calle muy bien sin recibir mucho daño, aunque el rey Arábigo estaba tras ellos, dándoles voces que no dejasen hombre á vida. Los otros dos caballeros que por la otra parte fueron llegando á la pelea, y en su llegada fué el rey Lisuarte é los suyos retraidos fasta la traversa de otra calle, donde algunas de sus gentes estaban sin pelear porque no cabian en la calle, é allí se detuvieron; mas todo no valja nada: que tanta gente cargaba por todas partes sobre ellos y les tomaban las espaldas, que si Dios por su misericordia no socorriera con la venida de Amadís, no tardaran media hora de ser todos muertos y presos, segun las heridas tenían é las armas todas fechas pedazos; pero aunque todo estoviera sano y reparado no montaba nada, que ya eran vencidos é muertos, que por tales ellos mismos se contaban; mas á esta hora llegó Amadís é sus compañeros con aquella gente que ya oistes; que despues que el dia vino aguijó cuanto pudo, porque ante que se aperciesen los podiesen tomar. E como llegó á la villa é vió la gente dentro, é otros algunos que andaban de fuera, dió luego é tornó al derredor, é firieron é mataron cuantos podieron alcanzar, y él por una puerta é don Cuadragante por la otra entraron con la gente, diciendo á grandes voces: « Gaula, Gaula; Irlanda, Irlanda;» é como fallaban las gentes desmandadas é sin recelo, mataron muchos, é otros se les encerraron en las casas.

Los delanteros que peleaban oyeron las voces y el gran ruido que con los suyos andaban, é los apellidos; luego pensaron que el rey Lisuarte era socorrido, é desmayaron mucho, que no sabian qué facer, si pelear con los que tenían delante ó ir socorrer los otros. El rey Lisuarte, como aquello oyó, é vió que sus contrarios alojaban, cobró razon, é comenzó á esforzar los suyos,